

go de la carretera que impone las direcciones prohibidas, las limitaciones de velocidad y las prohibiciones de girar. Es él quien habla. En los libros y en las leyes. En la tribuna y en el tribunal. Es él quien ha decidido siempre lo verdadero y lo bello. A la mujer tan sólo le ha correspondido actuar en consecuencia.

«Mi mujer es un violón». Pasquale Campanile, el cineasta italiano, tiene razón. Ella se imagina estar haciendo música cuando todo lo que emite, todas las notas y falsas notas de femineidad, todos sus cantos y contracantos han sido fijados de antemano. Por el violonchelista. No es, pues, culpa suya si desafina. No es un problema de competencia, sino de autenticidad. «Todo lo vivido está impregnado por el discurso y los clichés masculinos». Pascal Lainé sabe de qué habla. «El tejido ideológico es tan denso que la mujer no tiene posibilidad alguna de escapar a esa integración. Todas nuestras palabras nos llevan a pensar en masculino. Nada existe que no sea obra del hombre —confirma Annie Leclerc— ni siquiera yo. Yo menos que nadie».

Una clase de gramática salvaje, improvisada en plena calle por un grupo feminista: «¿Cómo se forma el femenino?». Respuesta de alumno diligente: «Siempre a partir del masculino». «Perfecto», dice la maestra. Una mala alumna interrumpe: «¿Y el masculino? ¿cómo se forma?». «El masculino existe!», replica la maestra. «¿Con qué concuerda el adjetivo?», pregunta después. «Con el nombre», responde el buen alumno. «Se pone en masculino si el nombre es del género masculino y en femenino si es del género femenino». «¿Y si hay varios nombres, masculino y femenino?», interrumpe la mala alumna. «En ese caso, el masculino gana siempre», afirma tajante la institutriz. Siempre. Incluso cuando se trata del género neutro. Para designar a la humanidad, hombres y mujeres disponen de un único término: el hombre. El hombre habla en nombre de los hombres. Su palabra es universal. El resto no es más que charla informal o encantadora.

Para acabar con su soliloquio no basta con robarle el micrófono o cortarle la palabra. Hay que hablar y decirlo todo. No para contradecir todo lo que él ha dicho. Sino para que se diga lo decible. Para aventurarse en lo «inedito». «Toda mujer que quiere hablar por boca propia —afirma Annie Leclerc— no puede eludir la urgencia extraordinaria de inventar una mujer. Convento en que es una locura. Pero es la única razón que me queda». Escuchar su propio misterio. Convertirse en etnólogo del «continente negro» que una lleva dentro...

Está abierto el espacio para un discurso distinto. Un espacio en barbecho. Algunas mujeres comienzan a aventurarse por él. Luce Irigaray ha ido más lejos aún. Ella presiente ya lo que será la palabra en femenino: «Para referirse a la física —dice— sería un lenguaje emparentado con las propiedades

de los fluidos más que con las de los líquidos. Un lenguaje que correría a ritmos distintos, cuya dinámica se originaría en un cuasifrotamiento entre las palabras. Unas palabras se engazarían con otras sin que fuese posible separarlas nunca». ¿Anuncio de una cultura «inaudita»? Valdría la pena prestar atención. Aunque por el momento sólo se manifieste bajo el signo de la perturbación, del desorden.

¿De qué desorden exactamente? El mundo «ordenado» por el hombre marcha a la deriva. Se había llegado a pensar que era posible hacerlo girar en torno a un solo eje: el falo. Que se sostendría en pie apoyándose esencialmente en los valores viriles. Que dejando que se desarrollase hasta la hipertrofia la actividad, la competencia, la agresividad y la violencia se llegaría antes y más lejos?

Se llegaría, ¿dónde? Jamás el mundo ha sido tan frío, tan duro, tan nietzscheano. Tan masculino. Poseer, dominar, vencer. Grandeza, genio, heroísmo. Luchas, triunfos, fracasos. Exploración, explotación.

Progreso, progreso. Unas vueltas más y todo salta por los aires.

Receptividad, dulzura, apertura, aquiescencia, hospitalidad, reposo, paciencia: lo femenino ha sido deliberadamente eliminado. Lo mismo en las mujeres como en los hombres. Su acción reguladora y equilibradora ha sido neutralizada. «No existe ya región femenina en nuestra sociedad dominada por el centralismo masculino», se lamenta Pascal Lainé. Un mundo truncado y siempre referido a su razón.

No es que mi locura haya sido eliminada. Frente a su tentativa obstinada de abolir toda diferencia, de sacrificar toda «otredad», de referir el otro continuamente a sí mismo, mi locura ha pasado a la clandestinidad. Comprimido, continuamente reprimido, lo femenino consigue, sin embargo, aflorar a veces. Aunque sea bajo un disfraz místico, alucinario o psíquico. «Esos modos de perder conciencia en lugar de tomar conciencia —observa Suzanne Lilar— constituyen fenómenos de protesta contra el mundo masculino de la razón y la técnica».

¿Y si su locura consistiese precisamente en no haberse hecho eco de la mía? ¿Esa naturaleza femenina sobre la que se fundan las esperanzas más locas? Herbert Marcuse: «Una fuerza decisiva en la construcción de una vida radicalmente distinta». André Breton: «La última esperanza de nuestra civilización». Después del proletariado portador del universo, he aquí a la mujer depositaria del porvenir. Habrá que invertir en esta «rama podada de nuestra cultura», en «la otra mitad del cielo» oscurificada.

¿Una nueva religión de la mujer-mesías, de la mujer poseedora de la bondad y de la belleza? Si se quiere. Marginada durante milenios, tal vez haya guardado intactas las exigencias elementales de la vida. Ha llegado la hora de prestar oído a la femineidad, a la «feminitud», a la mujer; llamémoslo como queramos. «Hablar contra el padre —observa Claire Lejeune— equivale a hablar a favor del padre. Por eso el acto auténticamente subversivo del hijo consiste en escuchar el verbo inaudito de la hija». ■ M. R.

## FAMILIA Y TRABAJO DE LA MUJER

**C**OMO se ha dicho tantas veces, el principal obstáculo con el que tropieza el movimiento —o mejor, los movimientos— de liberación de la mujer es la diversidad de sus componentes: proletarias y burguesas, mujeres del campo y de la ciudad, de la opulencia y el subdesarrollo. Sus problemas y preocupaciones son diferentes, las consignas que provocarían su unión hasta contradictorias. Sin embargo, la separación más radical es mujeres casadas-mujeres solteras, al menos en las sociedades en donde un cierto nivel de modernización ha debilitado de modo sustancial la autoridad paterna. Este es el caso de la España actual, más grave, por otro lado, que el de la mayor parte de los países de cultura occidental.

En nuestro país —y hasta cuándo— la mujer casada es legalmente similar a un menor o a un débil mental. No dispone de ninguna capacidad jurídica sobre sus bienes, su persona o la de sus hijos a menos que le sea graciosamente otorgada por su marido.

El problema fundamental es que a esta dependencia de derecho se une la dependencia de hecho. La mujer casada española está muy lejos de un mínimo de libertad, base de la cual es, indudablemente, una cierta independencia económica. Para comprobarlo, basta con observar el cuadro núm. 1 (ver anexo).

La mayor parte de las españolas abandona el trabajo al casarse o al tener el primer hijo. Algunas de

ellas vuelven a él pasados los primeros años de crianza, pero no al que habían abandonado antes de casarse. Se inflan extraordinariamente los

María Victoria  
Abril Navarro  
María Jesús  
Miranda López

grupos de «trabajadoras autónomas» y «ayuda familiar».

Se trata de ocupaciones que, la mayor parte de las veces, no les ayu-

dian a relacionarse con otras personas, a salir de la monotonía del hogar, a enterarse de lo que pasa por el mundo... Y estas son precisamente las motivaciones que las mujeres entrevistadas consideran más importantes a la hora de ponerse a trabajar. El grupo de autónomas comprende a mujeres que trabajan a destajo en su propio hogar, durante los ratos que les dejan libres las tareas domésticas. El trabajo es embrutecedor y mal remunerado. El grupo de «ayuda familiar» incluye a mujeres que ayudan al marido en su negocio, lo que no les proporciona ni siquiera un salario. Así, pues, a medida que la mujer es mayor pasa a desempeñar traba-

CUADRO NUM. 1

### DISTRIBUCION DE LA POBLACION ACTIVA FEMENINA POR EDADES Y TIPO DE OCUPACION

	20/24 (%)	25/44 (%)
Empleadoras .....	0,2	0,7
Autónomas .....	6	16,0
Ayuda familiar .....	11	28,0
Asalariadas sector privado .....	74	44,0
Asalariadas sector público .....	6	8,6
Paradas .....	1	0,7
Error .....	1,8	2,0

Fuente: Encuesta Población Activa, 1971. INE, Madrid, 1973.

jos menos importantes y peor remunerados o abandona.

Esta situación puede analizarse, además, a la luz de una serie de entrevistas realizadas a un grupo de mujeres casadas de un barrio nuevo de Madrid, que consideramos representativas de las madres urbanas de veinticinco a cuarenta años.

## Miedo a las guarderías

En primer lugar, y como causa determinante del abandono del trabajo, están los hijos. Al no haberse hecho cargo el Estado del cuidado de los niños menores de seis años, las guarderías infantiles se han convertido en un buen negocio. Por lo general, se encuentran en locales inadecuados, a cargo de personal no especializado, y los horarios no coinciden con la jornada laboral. En cualquier caso, están fuera del alcance de la mayor parte de las mujeres, tanto por lo elevado de los precios como por la escasez de plazas.

Debido probablemente a la extendida concepción de que la mujer no se realiza plenamente hasta que no es madre, existe una mentalidad bastante negativa hacia las guarderías entre las mujeres de más de treinta años. Todavía no ha habido la suficiente evolución en la española media como para estar dispuesta a «abandonar a sus hijos en manos extrañas». Por otro lado, las deficiencias constatadas en dichas instituciones no parecen ayudar en absoluto a que esta evolución se dé, al menos por el momento. Existe, además, una fuerte presión de los maridos españoles en este aspecto: la mayoría opina que la principal misión de la mujer es el cuidado de los hijos, y no ve, por tanto, con buenos ojos la guardería.

Hemos podido constatar, sin embargo, que la aceptación de estas instituciones es más alta entre las mujeres y los hombres de mayor nivel cultural. Parece ser que en estos sectores es más clara y posible la incorporación de la mujer al trabajo, aparte de que se conocen más las modernas ideas sobre educación infantil. Estos hechos, unidos a la mayor cantidad de ingresos de que disponen estos grupos de población facilitan el que puedan encontrar una guardería adecuada.

Otro problema de difícil solución por el momento, teniendo en cuenta la poca atención que se le presta, es el de las enfermedades infantiles. Algunas de las mujeres entrevistadas se habían visto obligadas a abandonar su trabajo, dada la gran cantidad de jornadas que debían faltar para atender los catarros, sarampión, varicela, etcétera, de sus hijos, puesto que no existe ninguna fórmula para resolver estas situaciones.

## El señorito español

Toda mujer se tropieza con una larga serie de dificultades objetivas



Todavía no ha habido la suficiente evolución en la española media como para estar dispuesta a «abandonar a sus hijos en manos extrañas».

a la hora de ponerse a trabajar: falta de preparación, prejuicios de los empleadores, etc., a los que hay que unir sus dificultades como madre: horarios, falta de guarderías, enfermedades de los niños, trabajo doméstico, etcétera.

Dada esta situación objetiva, la actitud del marido aparece como fundamental. Indudablemente, si a las condiciones difíciles se suma una actitud negativa por parte del cónyuge, el trabajo de la madre se convierte en una empresa casi imposible. Pues bien, en opinión de nuestras entrevistadas, la mayoría se opone a ello y muchos creen que la mujer con hijos es un estorbo para la empresa. Los que no tienen esta actitud tan claramente negativa, y afirman que su mujer puede trabajar fuera del hogar, de hecho no facilitan nada las cosas: «exigen encontrar su ropa limpia y planchada», «no se les da bien fregar o cocinar», «se ponen de mal humor en cuanto están un par de horas con los crios...». Es decir, en el mejor de los casos «dejan» que su mujer salga a trabajar, pero nada más.

Hay que apuntar en su descargo una realidad: el hombre español trabaja muchas horas al día. Cuando planteábamos la cuestión del marido en las tareas domésticas, la respuesta mayoritaria era: «Si no está nunca en casa...».

Evidentemente, la solución es sencilla: el hombre podría cambiar unas horas de trabajo laboral por otras de trabajo doméstico, y así su mujer podría ocuparse en actividades extradomésticas. Pero para ello sería preciso un profundo cambio de actitudes no sólo por parte de los hombres, sino también de las mujeres y de la sociedad en general. Para desgracia de los señoritos es-

pañoles, el proceso de incorporación de la mujer al mundo del trabajo se presenta como irreversible en la mayoría de las sociedades industriales y posiblemente también su igualación con el hombre en este campo.

## Generación puente

Pero la mayor parte de las mujeres encuestadas eran fatalistas a este respecto. Aunque a la mayoría les gustaría trabajar, y casi todas se sienten frustradas en su vida cotidiana, creen que no es posible prepararse o ponerse a trabajar por todos los problemas que se han apuntado hasta el momento. De hecho, sólo lo hacen en caso de extrema necesidad, cuando la familia atraviesa por graves dificultades económicas.

Perciben su papel dentro de la familia como madres y esposas dependientes tanto de la autoridad del marido como del cuidado de los hijos. Curiosamente, esta dependencia la formulan como dependencia económica del marido, al que consideran fundamentalmente como proveedor del hogar, y dependencia emocional de los hijos, cuyo cariño temen perder cuando sean mayores. En estas condiciones parece difícil pedir mujeres psíquicamente equilibradas, ya que están continuamente acechadas por el miedo a perder su sustento físico y afectivo.

Por otro lado, tienen conciencia de ser una generación puente. Conscientes de encontrarse en diferentes condiciones que sus madres, pero imposibilitadas por el momento de superar la situación de inferioridad en que se encuentran, trasladan a sus hijos el deseo de superar su frustración. La educación igualitaria

de niños y niñas es la única solución que consideran posible y real para conseguir en el futuro la igualdad de sexos. En cierto modo intentan llevarlo a la práctica. La actuación más frecuente es enseñar a sus hijos varones las tareas del hogar igual que a las niñas y preparar a éstas para el desarrollo de un trabajo bien remunerado. Incluso en estas modestas pretensiones se ven contrariadas por sus maridos, la mayoría de los cuales protesta cuando ve a sus hijos varones fregar o pelar patatas.

## En resumen

En definitiva, la situación de la mujer casada española es hoy de absoluta dependencia, tanto económica como afectiva, puesto que tiene cerradas de hecho las vías de participación social que le permitirían liberarse de ella. Sin embargo, y a pesar de los medios de difusión de la ideología oficial sobre la organización de la familia y el papel que a la mujer corresponde dentro de ella, algunas mujeres españolas, especialmente entre las nuevas clases medias urbanas, comienzan a ser conscientes de la gran carga que para ellas supone el mantenimiento de la situación actual. Esta conciencia les induce a desear para sus hijas una situación diferente y a utilizar el único medio a su alcance —la educación en sus aspectos más formales—, para conseguirlo. El cambio no puede ser tan rápido como ellas desean, porque en el reparto de papeles entre hombres y mujeres influyen gran cantidad de factores psicológicos inconscientes, de elementos morales y religiosos difíciles de atacar. Pero es reconfortante apuntar que hasta en sociedades tan represivas como la nuestra existen personas capaces de identificar sus problemas y de tratar de resolverlos. Probablemente, se trata sólo de una minoría. La mayor parte de las españolas se limitarán posiblemente a desviar la atención de su situación entregándose a esa lista de pequeñas histerias que los humoristas de países más avanzados gustan de atribuir a las mujeres, desde el consumo indiscriminado de la «rebaja» al alcoholismo, desde la cría de chuchos a la continua consulta al psiquiatra.

La reforma de nuestras instituciones legales, si bien es necesaria en tanto en cuanto su mantenimiento es un abierto ultraje a todo español, hombre o mujer, que crea en la igualdad de los seres humanos, no servirá para cambiar los hechos. La dependencia de factor de la española. La casada no depende tanto de normas legales como de pautas sociales más profundamente arraigadas, que afectan incluso al carácter y a la estructura psíquica de los individuos, cuya desaparición, necesariamente lenta y penosa, consideramos indispensable para un verdadero progreso humano. ■ M. V. A. N. M. J. M. L.